

TRADUCCIONES

LAS BATALLAS DE SIMANCAS Y DE CERVERA DESCRIPTAS POR IBN AL-JATĪB

INTRODUCCION

He procedido a traducir los textos referentes a las batallas de Simancas y de Cervera incluidos en la segunda parte de la obra de Lisān al-Dīn ibn al-Jatīb cuyo título, literalmente vertido, significa: *El libro de los ornamentos de los bordados relativo a los reyes del Islam que fueron investidos antes de la pubertad (Kitāb a'māl al-a'lām fi man buyi'a qabla-l-ihlām)*¹.

Este libro, al que se lo conoce en árabe por el nombre abreviado de *Kitāb a'māl al-a'lām*, fue editado en Rabat (1934) y Beirut (1956) bajo la dirección de E. Lévi-Provençal, quien lo denominó *Histoire de l'Espagne Musulmane*, puesto que de eso se trata. Yo he utilizado la edición de Beirut.

Es notorio que tanto el encuentro de Simancas entre Ramiro II y Al-Nāṣir como el acaecido entre Sancho García y Al-Manṣūr, fueron dos acontecimientos de gran importancia en la historia hispano-musulmana. Ambas acciones comportaron sendos triunfos aplastantes: la primera, para los Cristianos; la segunda, para los Musulmanes, habiendo tenido una y otra singular gravitación en los destinos de las dos Españas en pugna. Se hallan relatadas, bajo el enfoque islámico — como es lógico — a págs. 36-37 y 69-72 del referido volumen.

La descripción del combate de Simancas que consigna Ibn al-Jatīb y que antes de él se había hecho de manera bastante evasiva por parte de contadísimos historiadores árabes — conocidos y anónimos — brinda

¹ Es, por cierto, un título convencionalísimo — un pretexto, ha dicho Lévi-Provençal — muy ajeno al verdadero contenido del libro, que abarca la historia de España, centrada en sus jefes de Estado, sin distinción de edades, desde 'Abd al-Raḥmān I « Al-Dājil » hasta el nazarí (naṣrī) Muḥammad IV.

interesantes elementos de juicio para la dilucidación de su problemática ².

Es interesante destacar cómo la justificación cortesana de la derrota de Al-Nāṣir, atribuída eufemísticamente por Ibn al-Jaṭīb al asesora- miento desleal que le prestó la oficialidad que lo secundaba directamente en la batalla, concuerda con la explicación del hecho dada por el anónimo compilador del *Aj̄b ir Maʿmū'a* y autor de su último fragmento, un cro- nista nobiliario cuya actitud psicológica, hostil al Califa, ha analizado sagazmente Sánchez-Albornoz ³.

En el *Aj̄bār Maʿmū'a* se lee que los guerreros de la guarnición cali- fal y de las Divisiones militares se pusieron de acuerdo para dejarse derrotar; y que ello sucedió por un resentimiento que provenía del ascendiente que 'Abd al-Raḥmān le había dado al « eslavo » Naʿyda (liberto integrante de su clientela palaciega) junto con sus secuaces, a quien le había confiado discrecionalmente la dirección del ejército y la atención de los asuntos más importantes del Estado, obligando a los jefes de las Divisiones militares así como a los guerreros de la guarni- ción califal y a los visires, árabes y no árabes, a humillársele y a obedecer todas sus órdenes ⁴.

La convicción de tal causa de la derrota, por obra de quienes pospu- sieron los preeminentes intereses del Islam a sus propios sentimientos, explicaría la crudelísima reacción de Al-Nāṣir contra los 300 oficiales que hizo crucificar al volver a Córdoba.

En cuanto a la batalla de Cervera, la descripción vívida de la misma, sobre todo a través de un testigo ocular como fue Jalaf ibn Ḥusayn ibn Ḥayyān — padre del célebre historiador Abū Marwān Ḥayyān ibn Jalaf ibn Ḥusayn ibn Ḥayyān — supera, en su pormenorización, todo lo que

² Me remito, al respecto, al tan sugestivo como importante estudio de la Profesora Dra. Hilda Grassotti intitulado *Simancas: problemas e hipótesis*, aparecido en el n.º 3 (1966) del *Anuario de Estudios Medievales* del Instituto de Historia Medieval de España, dependiente de la Universidad de Barcelona (págs. 425 a 440). La traducción que aquí se inserta ya fue anticipada sin notas ni comentario en el mencionado estudio.

³ En el *Aj̄bār Maʿmū'a. Cuestiones historiográficas que suscita*. Buenos Aires, 1944; pág. 158.

⁴ Al-Maqqarī, probablemente apoyándose en Ibn Ḥayyān, ratifica el prestigio y el poder que había adquirido la servidumbre palaciega en el gobierno de Al-Nāṣir al referirse a la recepción que éste ofreció a la misión extraordinaria bizantina que lo visitó en el año 338 H. (336 según Ibn Jaldūn). En tal oportunidad se puso en evi- dencia la preferencia de que gozaban sus esclavos de alta jerarquía (los « fityān ») sobre los generales y altos funcionarios. (*Nafḥ al-Tib*: edición revisada por 'Abd al-Ḥamid; El Cairo, 1949, tomo I, pág. 343).

se encuentra en la producción historiográfica árabe de que hasta ahora se dispone y a la que siempre ha sido menester recurrir ante el silencio casi total de las crónicas cristianas, dejando a salvo la lacónica apuntación cronológica que figura en los Anales Complutenses.

Como detalle incidental pero que impresiona frente a la fama de guerrero intrépido y valiente que aureolaba a Al-Manşūr, conductor de más de cincuenta expediciones militares victoriosas, está la pintura suya de hombre miedoso, pusilánime y plañidero que Ibn al-Jatīb y, sobre todo, Jalaf ibn Ḥusayn — como testigo oculto — nos presentan en sus respectivos relatos.

Al respecto, caben dos hipótesis : o la mentada valentía de Al-Manşūr no era verdadera o el hombre se hallaba ya psicológicamente desmadrado por la desconocida enfermedad de la que habría de morir dos años después.

Que ya estaría enfermo y que su mal había adquirido cierta magnitud resultaría de la litera que, según Jalaf ibn Ḥusayn, llevaba consigo, si el hecho fuese exacto, pues hasta ahora se había creído que la litera ('ammāriyya) o camilla (« sarīr ») — de las dos se ha hablado — de Al-Manşūr apareció recién en su última campaña del año 1002 contra los Cristianos.

Pero he aquí que a estar a Ibn Ḥayyān hijo — el historiador — según el relato suyo que inserta textualmente Ibn Bassām en la *Dajira*⁵, la litera de marras o camilla apareció efectivamente más tarde.

Ahí Ibn Ḥayyān cuenta que Al-Manşūr hizo ya enfermo la campaña que dirigió el año 392 H. (1002 E. C.) contra los Cristianos y que como se agravara mucho su mal mientras incursionaba por las tierras de « Sanchó hijo de García », principal objetivo de su campaña, se hizo construir una camilla de madera, alargada y bien emparejada o plana, para acostarse cada vez que le faltaban las fuerzas y que era cargada sobre los hombros de unos negros, corredores ágiles de « andar suave ». Sin decir si llevó al término previsto o no la campaña — parece que la interrumpió — cuenta Ibn Ḥayyan que emprendió la vuelta y que después de catorce días de viaje hacia sus dominios llegó a Medinaḥeli, donde hubo de fallecer.

De manera que si se quiere conciliar la contradicción que hay entre Ibn Ḥayyān padre e Ibn Ḥayyān hijo hay que barruntar que la litera que aparece en el relato de la batalla de Cervera, puesto en boca del primero, es otra parihuela cubierta que ya usaba ocasionalmente Al-Man-

⁵ Edición de El Cairo, 1945; sección 4ª, tomo 1º, págs. 54-55.

ṣūr — enfermo o no — para descansar, puesto que todavía podía moverse y hasta montar a caballo.

Y si no, como es sumamente improbable que sean falsas la explicación acerca de la razón de ser de la litera o camilla y la descripción de la misma que aparece haciendo Ibn Ḥayyān hijo en la *Dajira* (a pesar de que él se apoya generalmente en el testimonio de su padre), habría que admitir que la referencia a la litera, que figura en el relato de la batalla de Cervera adjudicado a Ibn Jalaf, es errónea o consiste en una interpolación.

Cronistas cristianos tan tardíos como Lucas de Tuy y Rodrigo de Toledo también aparecen enterados de lo de la litera que Al-Mansūr empleó en su campaña postrera, que para ellos fue la que terminó con la batalla de Calatañazor (convincentemente calificada de invención de los Cristianos por Dozy y Menéndez Pidal). En realidad, se trata de una reelaboración historiográfica de la expedición relatada por Ibn Ḥayyān en la *Dajira* de Ibn Bassām al-Šantarīnī y que aparece mencionada luego por Ibn Sa'īd al-Magribī y Al-Maqqarī⁶, y a la cual Ibn al-Jatīb, en su *Ihāta* (ver la vieja edición de El Cairo, 1901, tomo II, pág. 72) llama «la campaña de Qalānis y Al-Rīd (o Al-Rayd)» nombres que, sobre la base de un manuscrito más confiable para Dozy, han sido rectificadas por éste como «Qanāliš» y «Al-Dayr» (Canales y el Monasterio)⁷.

Los textos que versan sobre los combates de Simancas y de Cervera contenidos en el *Kitāb A'māl al-A'lām* no han sido traducidos hasta ahora, que acá sepamos, a idioma europeo alguno. Lévi-Provençal ha dado sendas versiones del desarrollo de esos encuentros a base de aquellos textos, pero sin atenerse fielmente a ellos, sino quitando y agregando. Me remito a la comparación de esas versiones con las traducciones que más adelante ofrezco.

En otra obra árabe, una que trata sobre el cadiazgo y los cadíes de Al-Andalus y cuya edición revisada también se debe a Lévi-Provençal:

⁶ Ibn Sa'īd al-Magribī en su *Kitāb al Mugrib fī Ḥulā-l-Magrib* (El Cairo, 1953, tomo I, pág. 196) hace una versión más breve, pero coincidente, de la última campaña de Al-Mansūr, refiriéndose también a la confección de una camilla (sarīr). Aun más lacónicamente menciona esa campaña y la camilla Al-Maqqarī (*Ibidem*, tomo I, pág. 378).

⁷ Por error, Lévi-Provençal ha atribuido esta misma lectura al texto que trae la anterior y, en verdad, mala edición de El Cairo de 1901.

Es muy de lamentar que la ponderable edición nueva de la *Ihāta*, depurada y revisada por Muḥammād 'Abd Allāh 'Inān, que pareció iniciarse de manera tan promisoría en 1955 con el primer tomo, y que debía abarcar cuatro, haya quedado suspendida.

el *Kitāb al-Marqabat al-'Ulyā* (*El libro de la más alta atalaya*)⁸ de Ibn Hasan al-Nubāhī, figura, asimismo, una breve noticia de la batalla de Cervera al darse la biografía del cadí Al-Hasan ibn 'Abd Allāh al-Ŷudāmī, juez de Rayyuh (en Málaga), quien fue una de las víctimas de ese combate.

El mérito de esta noticia consiste en que ratifica el acontecimiento y confirma, en algunos de sus detalles, las tres descripciones acumuladas por Ibn al-Jatīb (una, sin mencionar fuente; otra, atribuida a Ibn Hayyān; y la tercera, al padre de éste, Jalaf). Pero, también, hay ciertas diferencias: los muertos musulmanes son 800 y no 700; agrega como víctimas de la refriega, a más del mencionado cadí Al-Ŷudāmī, a Yaḥyā ibn Mutarrif y a Qāsim ibn Mansūr; en fin, concreta en 10 millas árabes (unos 20 kilómetros) la distancia hasta la cual la caballería musulmica persiguió a la cristiana.

Es de señalar que Al-Nubāhī adjudica a Aḥmad ibn Sa'īd la sintética explicación que suministra acerca de la estratagema que empleó Al-Mansūr para engañar a los Cristianos, mientras que Ibn al-Jatīb vierte una más extensa, que atribuye a Jalaf ibn Husayn ibn Hayyān.

No sólo por la extensión sino también por la diferente forma de elocución empleada, no concibo que haya habido necesariamente entre ambos autores una fuente común. Como tampoco creo, disintiendo con Lévi-Provençal, que hayan recurrido a una fuente común para extraer el contenido de la proclama admonitoria que Al-Mansūr dirigió más tarde, cuando retornó de su aceifa, a los guerreros que habían abandonado la lucha en Cervera durante los momentos difíciles del combate. Si bien existen varias analogías y paralelismos entre los textos de la proclama dados por Ibn al-Jatīb y Al-Nubāhī, el de éste es bastante más largo y argumentado y tiene muchas diferencias de redacción con el de aquél, aunque ninguno de los dos es completo.

Hechas las precedentes indicaciones previas, doy seguidamente la traducción de los relatos referentes a las batallas en cuestión.

⁸ Su nombre completo es *Kitāb al-marqabat al-'ulyā fī man yaṣtaḥiqq al-qaḍā' wal-ḥiṣṣa* o sea *El libro de la más alta atalaya sobre quien merece la judicatura y la jurisdicción*. Se editó en El Cairo, en 1948.

Al-Nubāhī fue contemporáneo y, en una época, amigo de Ibn al-Jatīb. Luego se disgustaron y éste lo criticó y ridiculizó en público y por escrito. Al parecer, el otro, que, como funcionario o ex-funcionario de la corte nazarí, tenía en ella gran influencia, se vengó cruelmente, habiendo tenido gran participación en las desgracias que ensombrecieron a Ibn al-Jatīb, hasta que fue ejecutado o asesinado en la cárcel.

LA BATALLA DE SIMANCAS

Luego Dios lo afligió (a Al-Nāṣir) y lo sometió a prueba con la conocida batalla en que padeció duro trato a manos del enemigo de Dios Radmīr hijo de Urdūn, el día viernes 11 del mes de Šawwāl del año 327⁹, frente a la ciudad de Šānt Mānkaš, en el país de los Rūmīs (los Cristianos), después de una lucha que duró varios días y en la cual se desarrolló la pugna entre ambas partes de la manera más violenta y ardua, llevando la iniciativa el enemigo.

Los Musulmanes experimentaron una derrota inaudita, que fue suscitada por un grupo de hombres de la División militar que dependía directamente de Al-Nāṣir¹⁰, quienes, envidiosos de los favores que Dios le había acordado, no le aconsejaron lealmente acerca de la conducción de la lucha, sucediendo que al entrar en acción una vez más la caballería¹¹ se descalabraron las líneas de combate musulmicas. Entonces el enemigo compelió a los Musulmanes a replegarse hacia una fosa profunda, por la que se hace referencia a la batalla. En dicha fosa fueron cayendo los hombres hasta que la cubrieron de borde a borde.

Huyó Al-Nāṣir, abandonando sus campamentos, de los que se apoderó el enemigo, con todos los pertrechos y demás elementos que en ellos había. Ahí perdió Al-Nāṣir su Corán y su coraza, cosas ambas de un valor inapreciable, que luego recuperó.

Cuando estuvo fuera de peligro, despachó a Córdoba, de modo que llegaran antes del grueso de las tropas, una cantidad de milicianos de su escolta, quienes comunicaron la buena nueva de que Al-Nāṣir se hallaba sano y salvo, y, en cumplimiento de sus órdenes, prepararon rollos y cruces a orillas del río.

Al llegar a la ciudad, hizo apresar alrededor de 300 hombres de la caballería, a los que clavaron en dichos rollos y cruces, haciendo difundir Al-Nāṣir una proclama en la que decía: « Este es el castigo que corresponde a los que han traicionado al Islam, engañando a su pueblo y sembrando la confusión en las filas del ejército de la Guerra Santa ».

⁹ 1° de agosto de 939.

¹⁰ « del ŷund de Al-Nāṣir », se dice.

¹¹ Traduzco de manera lógica esta última frase (desde « sucediendo... »). Rectifico así la redacción oscura del texto, debida, por lo que parece, a error de copia de una palabra (« lil'a'innat » en lugar de «... -l'a'innat »), que es muy fácil de producirse en la grafía árabe. Esta palabra significa « las riendas », y, por sinécdoque, « la caballería ».

Luego erigieron aquellos maderos con las víctimas y las alzaron a la vista de la gente, hecho lo cual Al-Nāṣir se fue a su palacio.

Desde esta campaña ya no emprendió otra personalmente:

Más tarde Dios lo favoreció con victorias sobre los reyes cristianos y la toma de sus comarcas, como no lo había hecho en beneficio de ninguno de sus predecesores.

LA BATALLA DE CERVERA

Nunca afrontó Al-Manṣūr una lucha más intensa ni en circunstancias más difíciles ni cruentas que en la batalla que libró al lanzar su campaña estival del año 390 (de la Hégira).

El período de sosiego que le precedió había sido largo y, al entibiar el espíritu combativo de los hombres, éstos se habían tornado demasiado pacíficos. (Mientras tanto) los reyes de los Cristianos se habían coaligado, reuniendo para la guerra las fuerzas que tenían en todas partes. Al-Manṣūr los enfrentó en la acción conocida por la batalla de ʿArbayra (Cervera) ¹².

Los hechos sucedieron así: Cuando Al-Manṣūr irrumpió en Castilla por la zona de Medinaceli (Madīnat Sālim) se encontró con Sancho (García), que estaba al frente de una tropa muy numerosa y de incalculable magnitud. Ahí se hallaban todos los reyes galaicos, acompañados de sus generales, habiendo acudido desde el extremo de Pamplona al de Astorga. Con todos ellos había avanzado Sancho, emplazándolos, finalmente, en el peñón de ʿArbayra, el cual se halla en la comarca central de su país y fue el lugar por él elegido para campamento. Este emplazamiento constituía el *desideratum*, tanto por inaccesible como por inexpugnable y, además, por tener detrás de sí vastos territorios provinciales con cercanas fuentes de abastecimiento.

Los Cristianos habían encomendado a Sancho la organización de todo lo pertinente para el combate y se habían comprometido entre sí, de la manera más solemne, a no retroceder, declarando ilícito huir.

Ibn abī ʿĀmir — (Al-Manṣūr) — se quedó alarmado y sin saber qué decisión adoptar cuando divisó la enorme cantidad de guerreros con que

¹² Como « ʿArbayra » está expresamente vocalizado el texto. Ignoro si figura así en el manuscrito original, pero Lévi-Provençal, en su obra *Histoire de l'Espagne Musulmane* ha empleado la transliteración « ʿArbira », que considero más apropiada o verosímil. La misma lectura, vertida como « Charbira », aparece en la traducción de dicha obra llevada a cabo por el ilustre arabista hispano García Gómez para la *Historia de España* dirigida por Menéndez Pidal (tomo IV, pág. 425).

contaban los adversarios, la inexpugnabilidad de su emplazamiento, el control visual que podían ejercer sobre los movimientos de quienes se dirigieran a atacarlos y el ímpetu con que podían descolgarse sobre los que a tal fin se les aproximaran, a lo que se agregaba el espacioso campo que su caballería tenía por delante para evolucionar. Todo ello fue comparado por Ibn abī 'Āmir con la desventajosa posición en que él se hallaba. Entonces recurrió al consejo de sus visires militares — jefes del ejército — los cuales sostuvieron opiniones discordantes.

Pero Sancho engañó a los Musulmanes por la inesperada precipitación con que se lanzó al ataque antes de planificar su descenso y de poner a punto las medidas estratégicas.

La batalla se trabó por todos los frentes, encendiéndose así una contienda general.

Los enemigos de Allāh concentraron su caballería y atacaron simultáneamente las alas derecha e izquierda musulmanas (sic), descargando sobre ellas todo el peso de sus escuadrones, con la consecuencia de que se desarticulaban las líneas de los defensores islamitas y los Cristianos se afianzaron, atacando con más brío.

La lucha se prolongó bastante, tornándose cada vez más insostenible la posición crítica en que estaban los Musulmanes, pues al ver, los que estaban atrás de la línea de los defensores¹³, el aprieto en que los mismos se hallaban, se desorientaron y desanimaron. La mayoría aflojó y, a su vez, los más de éstos se dieron a la fuga. Los ataques (cristianos) menudeaban por todos los flancos, hasta el punto de que casi hicieron morder el ignominioso polvo de la derrota a los Musulmanes.

La desbandada habría proseguido de no haber mediado la protección de Dios, la ponderable perseverancia de Al-Man'ūr y la magnífica firmeza con que el mismo obró no obstante lo grande de su alarma y su íntimo desconcierto ante el desarrollo de los acontecimientos. Tal estado espiritual se reflejaba en la actitud impetratoria de sus manos, en sus gemidos de moribundo y en la vehemencia con que repetía la jaculatoria coránica del retorno a Dios¹⁴.

La suerte cambió, pues, porque Dios ayudó a los Musulmanes con su

¹³ En la descripción de la batalla, el autor no emplea, aparte de las expresiones « ala derecha » (maymana) y « ala izquierda » (maysara), ninguna de las otras denominaciones técnicas de la distribución operacional de un ejército en combate (vanguardia, centro, retaguardia), por lo cual prefiero abstenerme, a mi vez, de utilizarlos, pues ignoro si corresponden al pensamiento del autor. Por ello, me atengo a sus expresiones.

¹⁴ « De Dios somos y a él retornaremos » (Corán, II/151).

auxilio (directo) y con hombres que supieron resistir, prolongando fogueamente la lucha hasta repeler a sus contendores, de modo que, ante su reacción, recuperaron su aplomo los combatientes que se hallaban detrás de ellos. Así, el grueso de las tropas musulmanas, después de haber estado batiéndose en retirada, contraatacó y, finalmente, Dios le otorgó la victoria.

Fue 'Abd al-Malik, el hijo de Al-Manşūr, el combatiente más destacado de aquella hueste de defensores de la fe; y ello, por opinión unánime y sin ningún espíritu de adulación, es decir, por justicia y no por favoritismo, estando con él una cantidad de campeones de los más brillantes que existían entre los musulmanes de Al-Andalus y África, predominando en número los caballeros beréberes. De éstos, el más reputado en ese día fue Kayaddayr¹⁵ al-Dammārī al-Abra; (« El Leproso »), quien era un príncipe de la tribu nordafricana de los Banū Dammār y, a la vez, uno de los principales jefes beréberes. Este hombre mostró una extraordinaria intrepidez, habiendo matado, en un furibundo arranque, a uno de los condes de los Banū Gūmis (los Gómez), cortándole la cabeza y trayéndola consigo.

La desbandada de los Cristianos no se interrumpió ya.

Por su parte, 'Abd al-Raḥmān ibn al-Manşūr¹⁶ tampoco se quedó corto en su resistencia y bravío ímpetu.

En fin, fue una batalla tremenda y difícil de describir.

Hayyān ibn Jalaf ibn Ḥusayn (Ibn Hayyān) ha contado lo siguiente, que le fue relatado por su padre¹⁷, el secretario de Al-Manşūr :

« Cuando en esa jornada la situación comenzó a agravarse apareció Al-Man ūr, montado a caballo y acompañado de su escolta, en un montículo que se hallaba cerca del campo de batalla. Se puso ahí a contemplar el combate, estando atento a hacer prestar ayuda con los guerreros de su séquito a la gente en aprietos que estaba en las proximidades del lugar.

Así continuaron las cosas hasta que se descalabró el ala derecha y se quebró, haciéndose muy grande el desconcierto.

¹⁵ « Kayaddayr » dice el texto, pero en el índice onomástico del libro así como en las referencias a esta batalla hechas por Lévi-Provençal en su *Histoire de l'Espagne Musulmane* ha puesto « Yaddayr ». Yo no he podido encontrar la mención de este personaje beréber, para un cotejo, en otras fuentes.

¹⁶ Otro hijo de Al-Manşūr.

¹⁷ Es decir, por Jalaf ibn Ḥusayn, de quien Ibn al-Jaṭīb consigna más abajo otro relato.

Tan malas se pusieron las circunstancias para los Musulmanes que los hombres comenzaron a separarse sin atinar a adoptar una actitud común. Cada uno procedía a su arbitrio, buscando la oportunidad de huir, hasta el punto de que (ante tal espectáculo) uno de los secretarios de Al-Manṣūr llamado 'Abd al-Malik ibn Idrīs al-Ŷazirī, púsose a decirle a Sa'īd ibn Yūsuf, conocido por « Ibn al-Qalīna » : « Ven a despedirte, ¡ oh mártir !, pues con seguridad hoy has de morir » ¹⁸. Y una vez finalizada la jornada resultó que el presagio se había cumplido ».

Esto (otro) ha sido relatado por Jalaf ibn Ḥusayn :

« Miró Al-Manṣūr al grupo de hombres que estaban con él y me dijo : « Enumérame quiénes son los integrantes de mi séquito que han quedado ». Contestéle : « Os los voy a nombrar », y fui mencionándolos uno por uno hasta llegar a unas veinte personas. Entonces elevó sus manos al cielo exclamando : « ¡ Oh Dios ! Ellos me dejaron (para ir a pelear) : ¡ Asístelos ! Ellos me privaron de su compañía : ¡ Acompáñalos tú ! » ; y atrajo a su hijo 'Abd al-Malik, que estaba a su vera observando la batalla porque su padre no le había permitido (ir a combatir). Estrechólo contra sí y lo despidió besándolo, mientras irrumpía en fuerte llanto. Mandólo a incorporarse al ala derecha, dándolo desde ya por perdido. Asimismo, envió detrás de 'Abd al-Malik, en otra dirección, al hermano de éste, 'Abd al-Rahmān.

Quando la angustiante lid se intensificó, Al-Manṣūr se pasó de su cabalgadura a la litera y al instalarse en la misma casi no podía controlar sus movimientos por lo afligido y trémulo que estaba. Si se subió a la litera sólo fue para tranquilizar a los que lo acompañaban acerca de su confianza en sí mismo.

Al-Manṣūr llevaba consigo un grupo de buenos caballos de silla lujosamente enjaezados ¹⁹ y respecto de ellos me dijo : « Cuida que no se alejen de tu mano, pues es más propio que sean para ti que para el enemigo ».

Y ahí se quedó con sus hombres, implorando el socorro de Dios y conjurándolos en su nombre mientras la batalla se ponía más

¹⁸ Para entender este episodio habría que suponer que Sa'īd estaba por sumarse en esas circunstancias a los combatientes musulmanes.

¹⁹ Eran los llamados « ḡanā'ib », que solían llevar consigo los sultanes (Conf. Dozy, *Supplément aux Dictionnaires Arabes* — Leiden, 1927 ; I, pág. 221 — y los significados más genéricos registrados por los grandes léxicos del idioma).

bravía y la situación se volvía cada vez más ardua para los Musulmanes. Hasta que, al intensificarse el calamitoso desarrollo de los acontecimientos, se le ocurrió a Al-Manşūr una idea que fue la causa más eficiente de la victoria.

Ella consistió en esto: Al-Man.ūr dispuso que se levantara el campamento de su ejército, sacándolo de la hondonada en que estaba — y de la que él mismo había tenido que apresurarse a salir por causa del enemigo (sic) — para instalarlo en el promontorio en que él se hallaba. Ordenó, pues, a gritos a los que le rodeaban que efectuaran el transporte de los efectos, con amenazas para los que se atrasaran en la operación. Además, llamó a los sirvientes que cuidaban de su tienda de campaña y les mandó que la condujeran a dicho promontorio con toda celeridad, amenazándolos también a ellos con graves castigos por cualquier demora. Los sirvientes llevaron el pabellón de inmediato, cargándolo (entre todos) sobre sus espaldas, de modo que en seguida quedó debidamente instalado.

Cuando los enemigos vieron a Al-Manşūr (sic) se desmoralizaron, suponiendo que los Musulmanes tenían detrás tropas (nuevas) de refuerzo, y desde ese momento comenzaron a replegarse. La huida no se interrumpió ya, siendo perseguidos por los Musulmanes, que mataron cuantos quisieron, resultando, a la postre, que los Cristianos, en su mayoría, se vieron atados con las mismas cuerdas que habían preparado para ligar a los cautivos islamitas. Además, se les secuestró cuanto había en su campamento, como armas, ganado y vasijas (con vituallas y demás efectos).

La caballería musulmana persiguió todavía a lo largo de varias parasangas a los cristianos que lograron huir, en cuya carrera muchos caballeros de éstos fueron alcanzados.

Dios acordó así a los Musulmanes un triunfo sobre los Cristianos que fue mayor de cuanto se había sabido hasta entonces, habiendo perecido en esa acción como mártires, según resultancias de los padrones de familia y otros registros, más de setecientos hombres.

Esto sucedió en día lunes, a seis faltantes para terminar el mes de Şa'bān del año 390 »²⁰.

OSVALDO A. MACHADO MOURET

²⁰ El 30 de julio del año 1000.